

Cuando la vulnerabilidad queda en visto

Historias como la de Carlos Ardanaz poseen una fuerza moral significativa. Nos obligan a preguntarnos cómo funciona realmente nuestra comunidad

Jorge Martín Montoya



LA historia de Carlos Ardanaz, el “Puma” de Olite, publicada recientemente en *Diario de Navarra*, es una de esas noticias que dejan una impresión difícil de apartar. No solo por la dureza de la enfermedad que padecía —esclerosis lateral amiotrófica (ELA)—, sino por lo que su situación revela sobre nuestras prioridades como sociedad.

Carlos Ardanaz ha fallecido este martes 10 de marzo en su domicilio, tras más de dos años de lucha contra la enfermedad y después del deterioro progresivo de su estado en los últimos meses. Su historia había generado recientemente un intenso debate público en Navarra, después de que denunciara la falta de aplicación efectiva de las ayudas previstas para los enfermos de ELA.

Diagnosticado en 2023 y dependiente de respiración asistida, Ardanaz había iniciado el procedimiento legal de ayuda médica para morir tras denunciar la falta de aplicación efectiva de las ayudas previstas en la Ley ELA aprobada en 2024. Según relataba la información publicada, la enfermedad había reducido casi por completo su autonomía y había transformado su hogar en una unidad de cuidados permanentes sostenida principalmente por el esfuerzo de su esposa, María, cuidadora principal desde el diagnóstico.

El punto especialmente doloroso del caso es que esas ayudas, anunciadas en el marco de la ley, no habían llegado todavía. El propio Ardanaz denunció ante el Parlamento de Navarra que muchas de las medidas previstas seguían sin ejecutarse, mientras la enfermedad avanzaba con rapi-

dez y el peso del cuidado recaía casi por completo sobre su familia.

Es difícil leer esta historia sin sentir cierta inquietud moral. Cuando la distancia entre lo prometido y lo que realmente llega a quienes sufren se hace tan grande, la vulnerabilidad corre el riesgo de quedar exactamente así: en visto. Reconocida en el discurso público, invocada en los debates políticos, pero todavía insuficientemente atendida en la realidad.

Ante situaciones así, el debate público suele concentrarse en el momento final: en la decisión de solicitar o no la eutanasia, en el alcance de la libertad personal o en el marco legal que regula estas decisiones. Son cuestiones de enorme gravedad moral, sobre las que existen debates muy serios y que aquí no pretendo abordar directamente. El caso de Carlos Ardanaz obligaba, más bien, a mirar también todo lo que ocurría antes.

Antes de ese momento final existía una realidad mucho más larga y silenciosa: la experiencia concreta de la enfermedad, el peso cotidiano del cuidado, el desgaste de las familias y el papel —a veces insuficiente— de las instituciones públicas.

En el fondo aparece una cuestión más profunda: qué lugar ocupa la vulnerabilidad humana en nuestra reflexión como sociedad.

La cultura contemporánea tiende a imaginar al individuo como un sujeto plenamente autónomo, capaz de sostener su vida por sí mismo. Sin embargo, la experiencia humana muestra que esa imagen es incompleta. A lo largo de la vida todos atravesamos etapas de dependencia: la infancia, la enfermedad, la discapacidad o la vejez. En esos momentos nuestra vida depende del cuidado de otros.

El filósofo escocés Alasdair MacIntyre lo expresó con una fórmula precisa: los seres humanos somos “animales racionales dependientes”. Nuestra racionalidad y nuestra libertad no eliminan la vulnerabilidad; conviven con ella.

Desde esta perspectiva, la justicia de una sociedad no se mide solo por la solidez de sus institu-

ciones en condiciones normales. Se revela, sobre todo, en la forma en que responde cuando aparecen la fragilidad y la dependencia.

Historias como la de Carlos Ardanaz poseen por eso una fuerza moral significativa. No solo hablan de una enfermedad individual: nos obligan a preguntarnos cómo funciona realmente nuestra comunidad cuando la vida se vuelve frágil.

En su intervención ante el Parlamento de Navarra y en el mensaje público que quiso dirigir a la sociedad, Ardanaz insistió en que su situación estaba estrechamente vinculada al agotamiento de su familia y a la falta de apoyos suficientes para afrontar los cuidados que la enfermedad exigía.

Más allá de las responsabilidades concretas que correspondan a las administraciones, su historia plantea una cuestión que no debería pasar desapercibida: cómo queremos organizar el cuidado de la vulnerabilidad en nuestra sociedad.

Las enfermedades neurodegenerativas, el envejecimiento de la población y las situaciones de dependencia forman cada vez más parte de la experiencia ordinaria de nuestras comunidades, y todo indica que su presencia será mayor en los próximos años.

Por eso resulta especialmente relevante la intuición de MacIntyre: una sociedad verdaderamente justa es aquella que sitúa en el centro de su reflexión a quienes viven en condiciones de mayor vulnerabilidad.

Porque una sociedad no se define solo por lo que promete en sus leyes. Se define también —y quizá sobre todo— por lo que sucede cuando las personas más frágiles necesitan ayuda.

La historia de Carlos Ardanaz nos deja ante ese espejo. Y quizá la pregunta más incómoda que plantea no sea solo qué decisión tomó él, sino si estamos dispuestos — como comunidad — a evitar que la vulnerabilidad de personas como él vuelva a quedar, una vez más, en visto.

Jorge Martín Montoya Camacho.
Profesor de Ética en la Universidad de Navarra